

Debate

Frantz Fanon, John William Cooke y la creación heroica

Gonzalo Pérez Álvarez

Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco / CONICET

*Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto
del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo.
Ernesto "Che" Guevara—"El socialismo y el hombre en Cuba"*

Iniciando

Hacia inicios del siglo XX, José Carlos Mariátegui¹ proponía: "No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva" (Mariátegui 25). Expresaba la necesidad de buscar un camino hacia la necesaria revolución en nuestros países oprimidos. Camino que no podía ser el mismo que se había planteado en la vieja Europa. El tipo específico de estructura económica y social de nuestros países, su

¹ José Carlos Mariátegui, *Obras Completas* (Lima: Empresa Editora Amauta, 1970).

dominación económica y cultural, el colonialismo que aún los gobernaba, hacía necesaria una expresión nueva y profundamente revolucionaria. Una inquietud parecida surgió en otros revolucionarios, como Ho Chi Minh² o Mao Tse Tung³, quienes bucearon en la historia de sus pueblos para construir la ruta de la liberación.

Es evidente entonces que este problema no era novedoso para la generación que en los '50 comienza a reelaborar, en la teoría y la práctica, la necesidad de una revolución en los países dominados. La pregunta sobre las formas de articular el pensamiento europeo, sus grandes avances en la conformación de una teoría explicativa de las características del capitalismo y de la necesidad de superarlo, con las particularidades de los países diariamente asesinados, justamente, por los europeos y sus imitadores del norte de América, imponían estos problemas a la nueva generación de revolucionarios.

En este trabajo pretendemos comenzar a discutir cómo se construye una cultura revolucionaria, cómo y por qué circulan y se construyen los ejes de debate alrededor de los cuales se va estructurando la "creación heroica" que constituye la liberación de un pueblo.

Tenemos una primera hipótesis: los revolucionarios cuyas obras intentaremos cruzar, conforman una línea de pensamiento común que partía de una realidad material compartida y de los procesos de luchas populares que se desarrollaban. Desde allí, desde la experiencia concreta del combate, nacían las discusiones. Esos aportes surgían de la práctica del pueblo, y hacían síntesis parciales en la voz de estos hombres. Voces que nunca se perderán del todo. Porque, como cantaba Hesíodo, "Ninguna voz se pierde por completo si es la voz de muchos hombres".

Recalculando: Fanon y Cooke

La influencia de Fanon⁴ en los movimientos de liberación nacional que surgen en toda América Latina desde principios de la década del '60 es obvia e innegable. Sin embargo esta dimensión de dar

² Ho Chi Minh, *Selección de escritos políticos* (Bs. As.: Edic. La Rosa Blindada, 1974).

³ Mao Tsé Tung, *Obras Completas* (Bs. As.: Edic. De la Paloma, 1973).

por sobreentendida su influencia en estos movimientos, y en las elaboraciones teóricas de algunos de sus principales intelectuales, está teñida de un escaso abordaje concreto acerca del cómo y por qué actuó ese influjo.

Casi todas las investigaciones sobre las motivaciones ideológicas que dieron base a las experiencias políticas en América Latina se centran en el impacto que tuvo la revolución cubana de 1959. Sin plantear dudas sobre la importancia que tuvo ese proceso en demostrar la posibilidad de un camino revolucionario en nuestro continente, creemos que el proceso cubano es parte, y no comienzo, de un movimiento de la sociedad que involucraba a gran parte de los pueblos oprimidos. Por ello, tenemos que buscar otros caminos para entender la construcción de las corrientes revolucionarias en América Latina, para comprender cómo se desarrolla esa cultura revolucionaria, esa generación que despliega el problema de la transformación social.

En la búsqueda de comprender estos procesos políticos, se enmarca esta aproximación hacia el estudio de la influencia y convergencias del pensamiento y la práctica de Fanon con John William Cooke⁵. El “bebé” Cooke fue diputado durante el primer gobierno de Perón y se fue transformando en referente del sector más combativo del peronismo. Tras el golpe de 1955 fue uno de los que intentó la organización de la resistencia peronista y en quién Perón dejó en ese primer periodo su representación política. En esos años pasa a ser un intelectual fundamental de la izquierda peronista, y un relevante interlocutor de Ernesto Guevara y Fidel Castro sobre las problemáticas de Argentina. Sus experiencias en la lucha argentina y en la defensa de la revolución cubana lo llevan a una dinámica elaboración política, en las cuales se puede advertir un camino teórico que va del nacionalismo burgués hacia un antiimperialismo revolucionario y socialista.

Tomamos entonces a Cooke, para leer su práctica militante a la luz de la obra y la práctica de Fanon, y para leer la obra de Fanon con

⁴ Trabajaremos con Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra* (México: FCE, 1963); y Frantz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, (Bs. As.: Schapire Editor, 1974).

⁵ Utilizaremos los siguientes textos de Cooke: *La lucha por la Liberación Nacional*, (Edición Digital en <http://api.ning.com/files>, 1959); *Aportes para una crítica del reformismo en la Argentina* (Edición Digital en <http://api.ning.com/files>, 1961) y *Apuntes para la militancia*, (Edición Digital en http://www.elortiba.org/pdf/JW_Cooke_Apuntes_para_la_militancia.pdf, 1964).

los trabajos de Cooke. En ese plano rastrearemos el uso de algunos conceptos claves, como nación, líder, moderación. Intentaremos entender cómo se construye la visión que tienen sobre la alienación de los hombres en el marco de una sociedad colonial, y de la violencia revolucionaria como camino hacia la liberación colectiva e individual. Intentaremos además discutir el por qué la obra de Fanon, dirigida centralmente a los pueblos coloniales que luchaban contra el dominio directo de una potencia extranjera, impacta en los países de América Latina que ya eran formalmente independientes.

Territorio desconocido: la Nación

El uso que realiza Fanon del concepto de nación nos dirige al cruce con Benedict Anderson⁶, quién ve a las nacionalidades como una entidad que da sustento a la vida de los hombres, que les brinda un sentido y les impide caer en el vacío. Tras la caída de las concepciones culturales que ordenaban la mente de los hombres, surge la necesidad de imaginar la nación como: “...una nueva forma de unión de la comunidad, el poder y el tiempo, dotada de sentido” (Anderson 62). La nación realizaba el anhelo de ser parte de una comunidad de iguales, un grupo de hermanos por los cuales se debe estar dispuesto a dar la vida. A través de esta operación se cubriría ese vacío en la mente de los hombres.

Fanon ve en la práctica esa concepción de la nación como una entidad performativa del individuo, y desde allí hace un llamado urgente y sin escalas hacia la liberación de los hombres. Muestra como el capitalismo y el colonialismo, en tanto fenómenos convergentes, deshumanizan al hombre, le quitan toda entidad subjetiva, le arrancan su capacidad creadora y transformadora. Y encuentra en la posibilidad de la liberación nacional y la violencia revolucionaria, el único camino posible para rehumanizar al hombre, para volver a ser aquel ser que transforma, el que construye nuevos mundos de un mundo viejo. Toma el martillo de la nación y empieza a demoler el imperio, a destruir al colonialismo, a demostrar que en todo su ser vive la lógica de la muerte y la opresión. Emprende así una tarea política e intelectual clave, una tarea de los hombres; o, más bien, *la tarea de los hombres*: la de intentar transformar el mundo.

⁶ Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas* (Bs. As.: FCE, 1993).

La nación se convierte en el vehículo para quebrar el individualismo que es la base subterránea del capitalismo. El territorio desconocido se hace territorio propio. Se construye una nueva cartografía. La nación se convertía para los colonizados en el vehículo fundamental para desarrollar la conciencia de su comunidad de intereses, de un *nosotros* que se opone a un *ellos*. Al convertirse en nosotros, al ver a su vecino como un hombre y no como una cosa que le disputa su supervivencia, comienza también el proceso de desalienación: al dejar de ver a su espejo como una cosa que intenta matarlo y verlo como un hombre que comparte sus intereses, puede verse a sí mismo como un hombre que puede hacer su historia. Deja de ser una cosa para convertirse en sujeto. Pero este proceso nunca es individual; siempre es colectivo, y se realiza en el seno del pueblo en lucha.

En la nación estaría la posibilidad de reconstruir de las cenizas de la cosa al Hombre y desde allí comenzar a construir al Hombre nuevo:

La descolonización no pasa jamás inadvertida puesto que afecta al ser, modifica fundamentalmente al ser, transforma a los espectadores aplastados por la falta de esencia en actores privilegiados, recogidos de manera casi grandiosa por la hoz de la historia. Introduce en el ser un ritmo propio, aportado por los nuevos hombres, un nuevo lenguaje, una nueva humanidad. La descolonización realmente es creación de hombres nuevos. Pero esta creación no recibe su legitimidad de ninguna potencia sobrenatural: la "cosa" colonizada se convierte en hombre en el proceso mismo por el cual se libera. (Fanon, *Los condenados...* 31).

La nación que piensan Fanon y Cooke es el pueblo en armas, rebelado contra la opresión. Para ellos no puede haber nación sin cultura nacional, pero esa cultura nacional es, centralmente, realizada por y para la lucha. Es en la lucha donde se produce la más maravillosa de las creaciones culturales del hombre: la comprensión de su papel de ser un sujeto creador. A partir de esto se amplía la mirada, se va haciendo más clara la comprensión del drama que los abrumba.

Antes de la lucha el enfrentamiento es entre hermanos. Cuando la pelea ya está en marcha y se desataron las amarras del pueblo, éste se reconoce como compañero, y como igual en su destino. El enemigo es el otro, el diferente, el colonizador. Se comprende que la opresión es básicamente una explotación de índole económica, un despojo de las

riquezas de la colonia. La lucha entonces será concreta, una disputa feroz por la vida. Y esa lucha sólo tiene dos términos: o vence el colono y esclaviza al colonizado o vence el colonizado y expulsa o asesina al colono; no hay términos medios: “A la fórmula ‘Todos los indígenas son iguales’, el colonizado responde: ‘Todos los colonos son iguales.’” (Fanon, *Los condenados...* 39).

La nación es el pueblo oprimido, los condenados de la tierra, los cabecitas negras. No es parte de esa nación la burguesía bien pensante. No lo son los que piden permiso al colonizador para manifestar su oposición a alguna medida aislada. Es el subsuelo sublevado que rompe todos los diques, seguro de su fuerza y de que no importan los costos. Cuando el pueblo adquiere esa seguridad, cuando *se hace nación*, todo el mundo colonial y sus valores se desploman, y muestran el verdadero y horroroso rostro de:

Las esencias occidentales, por supuesto. El colonizado aceptaba lo bien fundado de estas ideas y en un repliegue de su cerebro podía descubrirse un centinela vigilante encargado de defender el pedestal grecolatino. Pero, durante la lucha de liberación, cuando el colonizado vuelve a establecer contacto con su pueblo, ese centinela ficticio se pulveriza. Todos los valores mediterráneos, triunfo de la persona humana, de la claridad y de la Belleza, se convierten en adornos sin vida y sin color. (Fanon, *Los condenados...* 41).

No hay operación mental que pueda convencer a una masa alertada de que esos valores culturales, políticos y religiosos no están identificados con posiciones prácticas en la lucha por la hegemonía mundial y el mantenimiento de los mercados. Si los franceses en Argelia o los ingleses en Kenia son los representantes de un orden ético-cultural, entonces la conclusión sería desear cuanto antes la quiebra de ese sistema y no la solidaridad con los “cruzados” de la civilización occidental. (Cooke, *La lucha por...* Ed. digital).

En ese punto el enemigo es el colono y todo lo que *ellos* han creado. Son los otros, los *ellos*. Pero el combate va mostrando que nada es tan claro. La lucha muestra los matices. La separación radical, que era necesaria en el primer momento, se hace cada vez más peligrosa. El odio, que para Engels es la primera manifestación de la conciencia⁷, no sirve por sí sólo para avanzar. Es el inicio pero no el final de la autoconciencia. Se ve con sorpresa que hay traidores entre nosotros. Y también que hay traidores entre ellos, que hay *ellos que parecen ser nosotros*.

La nación se complejiza, ya no es la de un primer momento. Esa primera nación del *somos todos*, es ahora la nación que levanta la burguesía doméstica para frenar el proceso, para dejar la liberación en un simple cambio de manos del poder político. La nación se reconfigura. La nación de Fanon y Cooke va cambiando en y por la lucha.

Cruce peligroso: la liberación

En 1913 el irlandés James Connolly, planteaba: “Si sacan al ejército británico mañana y elevan la bandera verde sobre el castillo de Dublín, a menos que organicen una república socialista, todos sus esfuerzos habrán sido en vano porque Inglaterra seguirá gobernándolos a través de sus terratenientes, capitalistas e instituciones comerciales” (de la película de Ken Loach “*El viento que acaricia el prado*”). Ya en 1906 (evaluando los resultados del intento revolucionario de 1905 en Rusia) Trotsky⁸ sostenía la necesidad de una revolución permanente que estableciera la continuidad de las tareas democráticas burguesas (entre ellas la liberación nacional) con las tareas de transformación socialista. La liberación no podía ser el simple cambio de manos del poder. Pero la liberación tampoco era la directa imposición de un régimen formalmente socialista, la propiedad común de las cosas y la abolición del capitalismo. Este era un problema nuevo, que era claro para esta nueva generación que veía como la revolución “realmente existente” se ahogaba en la gris producción del acero ruso.

La liberación real debía ser la liberación del hombre. El anhelo era transformar la realidad, pero no como un fin en sí mismo, sino como el único camino posible para encaminarse hacia lo que Fanon llamaba *el Hombre Nuevo*, como luego lo haría Guevara⁹. El camino que se proyecta no es por un régimen distinto de gobierno, o ni siquiera por un cambio de sistema económico; es, fundamentalmente, una lucha por el

⁷ Federico Engels, *Anti-Dühring* (Edición Digital, en Marxists Internet Archive. 1878).

⁸ León Trotsky, *Resultados y Perspectivas* (Ed. Digital, <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/ryp/index.htm>, 1906). Esa perspectiva está mejor desarrollada en un texto de madurez del mismo autor: *La revolución permanente* (Ed. Digital, <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/revperm/index.htm>, 1929).

⁹ Ernesto Guevara, *El socialismo y el hombre en Cuba* (Ed. Digital, Cátedra Libre Ernesto Che Guevara, Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, 1965).

destino del hombre. Es este el legado fundamental del “Ché” Guevara “...la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación” (Guevara, *El socialismo...* Ed. digital). Porque si la revolución no sirve para crear simultáneamente al hombre nuevo, sirve entonces para muy poco. Des-alienar al hombre, hacer que deje de verse tal como lo quiere el capitalismo, como una cosa entre cosas: el hombre es libertad en el tiempo, voluntad creadora. Sino es tan sólo muerte que camina, engranaje de la máquina.

Por eso es tan importante comprender que el colonizador necesita la deshumanización del colonizado, necesita animalizarlo; la posibilidad de que el colonizado se sepa hombre es el inicio de la destrucción del sistema: “...en realidad, el lenguaje del colono cuando habla del colonizado, es un lenguaje zoológico [...] El colonizado sabe todo esto y ríe cada vez que se descubre como animal en las palabras del otro. Porque sabe que no es un animal. Y precisamente, al mismo tiempo que descubre su humanidad, comienza a bruñir sus armas para hacerla realidad” (Fanon, *Los condenados...* 37).

Todo lo inculcado se derrumba, se incendia en el fuego del pueblo que lucha; no en el plano de las palabras sino en el combate, en la violencia que da a luz al hombre nuevo. El primer gran muerto del combate es el individualismo, el creer que alguien puede salvarse solo. Se destruye en lo objetivo y en lo subjetivo: no me puedo liberar si mis hermanos no se liberan conmigo y, sobre todo, no me libero si mis hermanos no se liberan.

Esto provoca fisuras en el colonialismo y el capitalismo mismo, ya que rompe su base ideológica: mostrar las relaciones entre los hombres como relaciones entre cosas; aquello que Marx llamó fetichización de las relaciones sociales. Romper con eso es tirar abajo la matriz del capitalismo en lo ideológico: quedará nada menos que tirarlo abajo en lo material.

Fanon ve esa necesidad. Y ve que sólo es posible liberarse de la matriz colonialista quebrando con la enajenación de los hombres al propio tiempo que se quiebra con la nación ajena que los domina: “*La lucha por la liberación es, por lo tanto, revolucionaria, así como nacional y social*” (Cooke, *La lucha por...* Ed. digital).

Este proceso es un gran problema para la burguesía indígena. Para ella la revolución terminó cuando ellos pasaron a controlar los

resortes de la economía y empezaron a hacer mejores negocios. En verdad de esa manera la nación no se libera ya que, subsumida en la misma estructura económica creada por el colonialismo, no le queda más que continuar realizando los mismos circuitos económicos. Para esa burguesía toda la maravillosa experiencia de la liberación se ve reducida a obtener una porción mayor en el reparto de ganancias con el imperialismo. Es una burguesía decadente desde su inicio, sin capacidad de transformación:

Ese papel lucrativo, esa función de pequeño gananciero, esa estrechez de visión, esa ausencia de ambición simbolizan la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir su papel histórico de burguesía. El aspecto dinámico y de adelantado, el aspecto de inventor y descubridor de mundos que se encuentra en toda burguesía nacional está aquí lamentablemente ausente. (Fanon, *Los condenados...* 68).

Empiezan los llamados a la prudencia. Seguir puede hacer que se pierda todo lo que ganamos. El líder empieza a llamar a la moderación. A que dejen de ser hombres y vuelvan a ser cosas.

Dificultad en el camino: el "líder"

Hay una cuestión irresuelta, una tensión en el pensamiento de Cooke y Fanon. Es quizá la más trágica contradicción en el pensamiento de Cooke: la interpelación que durante mucho tiempo realiza a Perón como líder infalible del movimiento. Este eje de su táctica, sólo parcialmente desplazada hacia el final de su vida, plantea la contradicción entre la supuesta infalibilidad del líder y la acción consciente y autónoma de los sujetos subalternos que, en su concepción de base praxiológica, serían los que realmente hacen la revolución¹⁰.

Esa contradicción se manifiesta en la idea de "verticalidad", núcleo duro del pensamiento político peronista, rodeado de otro eje rector que es la idea de "lealtad" (no a la línea política, sino al líder). Esta concepción, típicamente burguesa, donde es el gran hombre quien hace la historia y el conjunto del pueblo sólo debe responder "lealmente", lleva a dejar de lado el papel activo del sujeto popular como ejecutor de la revolución.

¹⁰ Claro está que hablamos de una contradicción dialéctica y no formal, contradicción que quizás podría ser resuelta como propone el Ché en "El socialismo y el hombre en Cuba".

Fanon aparece claramente distanciado de esta postura. Vemos en él una continua desconfianza hacia el papel del líder. Es cierto que en Cooke también hay matices: es evidente y muy dura su crítica contra la dirigencia formal del peronismo, especialmente en los “Apuntes para la militancia”; pero esa crítica nunca va contra Perón... el líder siempre permanece sin mancha. Solamente podemos encontrar críticas, pero más en tono de triste reproche que de impugnación política, en las últimas y amargas cartas de su correspondencia con Perón.

Este debate es clave, más en esos días, cuando era una discusión central la cuestión del culto a la personalidad en los países formalmente socialistas. Parecía cada vez más claro que la figura del líder tendía a reemplazar la capacidad creadora de las masas por la supuesta capacidad creadora del “gran hombre”. El líder se comienza a transformar en causa del retraso. Usa su prestigio ganado en la lucha para exigir el final del proceso, para pedir calma:

Contribuye a frenar la toma de conciencia del pueblo. Ayuda a la casta, oculta al pueblo sus maniobras y se convierte así en el artesano más celoso de la obra de mixtificación y embotamiento de las masas. Cada vez que habla al pueblo recuerda su vida, que ha sido con frecuencia heroica, los combates que ha librado en nombre del pueblo, las victorias que ha obtenido en su nombre, haciendo saber así a las masas que deben seguir teniéndole confianza. (Fanon, *Los condenados...* 75)

Las victorias ya no son ni fueron de la clase obrera o del pueblo en armas. Son y fueron del líder. La historia la hacen los grandes hombres y las masas sólo juegan el papel de coro de las tragedias griegas. Y ahora deben llamarse a silencio. Lo que debía hacerse ya está hecho y ahora deben continuar los que saben: los políticos.

Por dónde seguir: ¿“políticos” o el cuerpo del pueblo?

En los textos de Fanon hay una constante referencia a la corporalidad, al cuerpo en acción. Las metáforas corporales se suceden. Es una muestra de otro rasgo común en estos revolucionarios. Lo vemos en Cooke, en los “Apuntes para la militancia” y en “Aportes para una crítica del reformismo en la Argentina”. Se puede encontrar este rasgo en casi toda la obra del Ché y, especialmente, en su último gran gesto político: su muerte, solo, de pie, poniendo su valiente cuerpo indefenso frente a la cobardía del imperialismo.

Poner el cuerpo—esa parece ser la consigna. Un tiempo antes Jauretche¹¹ se burlaba de aquellos “*regimientos de empujadores*” o de los que tenían como principal consigna el “*animémonos y vayan*”. Se trataba de una impugnación a aquellos intelectuales que siempre hablaban de la revolución, pero que nunca ponían el cuerpo.

Este eje de acción y pensamiento se expresaba en política como la lucha contra el “burocratismo”, contra los que vivían de la “revolución”, en lugar de vivir (y morir) para ella. El burócrata quiere que ya nada cambie. Vive de la nueva situación, y vive mejor que antes, y por ello cualquier cambio constituye una amenaza a su ordenada y cómoda nueva vida.

Esa actitud de preservar su propio interés encubre algo más profundo: la cuestión de quién hace la historia. El burócrata, el “político”, intenta demostrar que la historia la hacen ellos: “los que saben”. El cuerpo del pueblo se pondrá en acción pero ya no por su propia voluntad sino por mandato de los que entienden lo que debe hacerse. Cualquier acción que realice el pueblo sin consultar pone en riesgo el plan detalladamente pensado por los de arriba. La historia otra vez deja de ser patrimonio de las masas, los hombres dejan de ser creadores de su destino. Por eso Cooke hacía tanto hincapié en que

Lo primero que procuramos demostrar en la brevedad de este informe es que la teoría política no es una ciencia enigmática cuya jerarquía cabalística manejan unos pocos iniciados, sino un instrumento de las masas para desatar la tremenda potencia contenida en ellas. (Cooke, *Apuntes para la...* Ed. digital)

Contra esto es poner el cuerpo lo que determina la diferencia. Correr la suerte del agredido con el propio cuerpo, como pedía el Ché¹²: “No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria” (Guevara, *Mensaje a los pueblos...* Ed. digital).

Mostrar con el ejemplo que es la acción de los hombres lo que cambia la historia. Mostrar que puede haber un líder, pero que éste sólo lo es cuando expresa y sintetiza esa acción conciente de las masas: “Líder, del verbo inglés que significa conducir. El conductor del pueblo

¹¹ Arturo Jauretche, *Que al salir, salga cortando. Polémicas 2* (Bs. As.: Ed. Colihue, 2009). El texto original es de 1957.

ya no existe. Los pueblos no son rebaños y no tienen necesidad de ser conducidos. Si el líder me conduce quiero que sepa que, al mismo tiempo, yo lo conduzco.” (Fanon, *Los condenados...* 81).

Mantener la continuidad del proceso de lucha es atacar el capitalismo y eso es algo que la burguesía colonial no puede permitir. Por eso a veces prefieren retirarse del poder antes que poner en riesgo lo que siempre defendieron. Así lo entendía Cooke, cuando analizaba el por qué Perón no se había enfrentado al ejército con las milicias obreras, aún cuando todavía no lo sabía (o no lo quería) expresar directamente: “Porque no se puede armar la clase trabajadora para que defienda a su régimen y al otro día decirle: Bueno m’ hijo, devuelva las armas y vaya a producir plusvalía para el patrón” (Cooke, *Apuntes para la...* Ed. digital).

El dirigente intenta recurrir a esa nación del “somos todos” que existió al comenzar la lucha. Intenta demostrar que él es el único que puede controlar y entender esa totalidad contradictoria, el único que puede orientar las acciones de todos con una clara y unívoca finalidad. Les exige fidelidad y les pide esperanza. Nunca afirma, siempre es vago en su doctrina: su exigencia al militante es que espere, que cumpla las órdenes aún cuando no las entienda, que confíe en esa fuerza superior que todo lo sabe y todo lo controla

El militante tasca el freno. Es entonces cuando se comprende la justeza de las posiciones asumidas por ciertos militantes durante la lucha de liberación. En realidad, en el momento del combate, varios militantes habían pedido a los organismos dirigentes la elaboración de una doctrina, la precisión de los objetivos; la formulación de un programa. Pero, con el pretexto de salvaguardar la unidad nacional, los dirigentes se negaron categóricamente a abordar esa tarea. La doctrina, se repetía, es la unión nacional contra el colonialismo. (Fanon, *Los condenados...* 76).

El militante debe entender que llegó el momento del orden. No se puede ser todo el tiempo un río impetuoso. Hay que poner diques. Hay que ordenarse y permitir que la gente inteligente maneje las cosas: “Ahora que han cumplido su misión histórica, que era llevar a la burguesía al poder, son invitados con firmeza a retirarse para que la burguesía pueda cumplir tranquilamente su propia misión. Pero, ya lo

¹² Ernesto Guevara, *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental* (Ed. Digital, Cátedra Libre Ernesto Che Guevara, Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, Abril 1967).

hemos visto, la burguesía nacional de los países subdesarrollados es incapaz de cumplir ninguna misión” (Fanon, *Los condenados...* 76).

El partido entero decide imponer el orden. La masa deja de ser el sujeto que crea la historia y pasa ser una ficha de maniobra en la mesa de negociación. Es allí donde aparecen “los políticos”: “Entonces, los que estuvieron en la retaguardia durante el combate, pasan a ser la vanguardia en los trámites de la tregua y capitalizan la abnegación de las bases en la mesa de arena de los acuerdos” (Cooke, *Apuntes para la...* Ed. digital)

Aparecen para negociar lo que no hicieron, lo que no es suyo. Fanon y Cooke no aceptan esto. Para ellos sólo el que puso el cuerpo tiene derecho a juzgar hasta dónde llega la lucha: “Lógicamente como yo hago estas críticas, comprendo que puedan hacer otras, pero siempre desde la lucha. La primera condición para criticar el combate, es estar en el combate” (Cooke, *Apuntes para la...* Ed. digital).

No es necesario explicar la actualidad de este debate. La desconfianza a “los políticos”, se hace patente en la mayoría de América Latina. Los perfectos tecnócratas recibidos en universidades del extranjero nos llevaron al abismo. Y fue sólo el pueblo, poniendo el cuerpo, el que pudo cambiar un poco las cosas. Sin embargo, otra vez, después de la irrupción de las masas en la historia, el coro de ordenados discípulos de la burguesía nos pide calma. Nos exigen moderación. Pero un pueblo en marcha nunca es moderado. Nos exigen paz. Pero lamentablemente la historia ha mostrado que los cambios de fondo sólo surgen por la violencia.

Camino de ripio: violencia o moderación

La violencia es constitutiva de toda sociedad capitalista y es exacerbada en la sociedad colonial. Está presente en cada momento de la vida del colono y del colonizado, impreso en la mente y el cuerpo de los oprimidos. Fanon nos muestra como esa violencia se desencadena en múltiples formas: luchas entre hermanos, guerras a muerte sin sentido, matanzas absurdas, danzas salvajes, trances, locura. Y por eso la psicosis se apodera de la mente del colonizado si no logra ser capaz de reorientar esa violencia en el camino de la liberación colectiva. Debe dejar de enfrentar a los enemigos que inventa, y asumir en la confrontación al único enemigo que realmente lo agobia:

...después de haberse revolcado entre los fantasmas más increíbles, el colonizado, empuñando la ametralladora, se enfrenta por fin a las únicas fuerzas que negaban su ser: las del colonialismo. [...] El colonizado descubre lo real y lo transforma en el movimiento de su praxis, en el ejercicio de la violencia, en su proyecto de liberación. (Fanon, *Los condenados...* 27)

Es la violencia recuperada como partera de la historia, como la que dará nacimiento al nuevo hombre. Ese hombre libre que nacerá vivo de la muerte: “Porque, en los primeros momentos de la rebelión, hay que matar: matar un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez un opresor y un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre...” (Sartre, “Prologo”, en Fanon, *Los condenados...* 20). La muerte y la violencia son escaleras hacia la libertad. Hegel decía que sólo si se pone en juego la vida se conserva la libertad. Es el único medio para reintegrarse al grupo, quebrar la alienación y convertirse en un hombre de la nación que se libera.

La violencia del sistema no intenta simplemente frenar un proceso de lucha. No es algo coyuntural. Es sistémica y tiene como objetivo deshumanizar al hombre. Busca convertirlo en un animal, evitar que piense y actúe por sí mismo. Como ante el terror que imponen las dictaduras latinoamericanas, sólo la acción colectiva del pueblo es capaz de quebrar ese dispositivo¹³: “Trabajar es trabajar por la muerte del colono. La violencia asumida permite a la vez a los extraviados y a los proscritos del grupo volver, recuperar su lugar, reintegrarse. La violencia es entendida así como la mediación real. El hombre colonizado se libera en y por la violencia” (Fanon, *Los condenados...* 77).

Ese dominio, que parece absoluto y sin fisuras, sólo se puede quebrar por la puesta en práctica del cuerpo que lucha frente a la violencia del opresor. Por la resistencia que se va transformando en ofensiva. Ante la violencia que asesina a mi pueblo, sólo puedo cambiar las cosas con la violencia que dará la vida a mi pueblo. Porque la violencia del oprimido no es la misma violencia del opresor, la violencia que encadena; es la violencia que libera, la que asalta los cielos.

La liberación es también el acto mismo de la violencia, el instante creador del combate. La pasión del combate. Ese instante en que se lucha contra el otro que aparecía como superior, como

sobrehumano, es el momento en que la ruptura se realiza, el momento en que corre la sangre del sanguinario, en que el asesino es asesinado.

El factor central de esta lucha es el hombre, el sujeto que se hace cargo de su capacidad de hombre libre, de su rol de arma definitoria en ese combate por su misma razón de estar vivo y no ya sólo de vivir; es la lucha por el sentido de su existencia. Esa importancia decisiva que tiene para el colonizado la lucha no existe para el colonizador. La diferencia presta al que combate por la liberación una fuerza moral que multiplica sus esfuerzos y cataliza las famosas “condiciones objetivas”.

Fanon polemiza con Engels quién, en el específico tema de la organización de la violencia, no logró romper totalmente con el materialismo vulgar que Marx le criticaba a Feuerbach. La discusión que propone Fanon parte de la experiencia concreta de los vietnamitas, de los cubanos, de los argelinos. En el combate revolucionario lo subjetivo se transforma en objetivo, el hombre que sabe que en esto va su razón de estar vivo se transforma en el arma fundamental. El capitalismo no puede masacrar a todos sus dominados, a pesar de su eterno impulso a buscar la "solución final" de su perpetua inestabilidad. No puede porque los necesita para reproducirse. En cambio, siendo su contrario, el oprimido necesita exterminar para siempre al capitalismo y el colonialismo, para poder saberse, por una vez, definitivamente vivo. Por ello el general Nguyen Giap sostenía que entre el hombre combatiente y el arma con el que combate, siempre elegía al hombre como factor determinante de la lucha¹⁴.

En una guerra a muerte, en una guerra a todo o nada, es el pueblo que lucha por su libertad el que siempre lleva las de ganar. Esto lo sabían bien Ho Chi Minh y los vietnamitas. Pero los políticos serios nos llaman a la moderación. Para ellos la concepción sobre la violencia se quedó en ese Engels que afirmaba:

En consecuencia, el revolver vence a la espada y hasta el más pueril amante de axiomas concebirá sin duda que la violencia no es un simple acto de voluntad, sino que exige para ponerse en práctica condiciones previas muy reales, especialmente instrumentos, el más perfecto de los cuales prevalece sobre el menos imperfecto (Engels, *Anti-Dühring...* Ed. digital).

¹³ Ver León Rozitchner, “Los desfiladeros de la memoria”, en *Revista Fin de Siglo* (Bs. As. 1996)

¹⁴ Vo Nguyen Giap, *El Hombre y el Arma* (Ed. Digital, <http://www.pcr.org.ar/file/PyT/061/PyT61-03.pdf>, 1965).

Por eso para estos políticos serios hay que llegar a un acuerdo, hay que negociar. Sino, seremos aniquilados. El enemigo es más fuerte, y es imposible enfrentarlo. No creen que la acción de las masas oprimidas sea el factor de cambio. Creen que el cambio lo encarnan ellos. Ven del otro lado a los tanques y ejércitos, y todo intento de quebrar la opresión colonial mediante la fuerza les parece una conducta suicida. Para ellos es la tecnología de guerra, y no el hombre combatiente, lo que ocupa el lugar central. Consideran que no hay posibilidades de modificar las condiciones objetivas con la acción subjetiva:

Cuando se les dice: hay que actuar, ven las bombas sobre sus cabezas, los tanques blindados avanzando por las carreteras, la metralla, la policía... y se quedan sentados. Desde un principio se sienten perdedores. [...] El dirigente nacional que tiene miedo a la violencia se equivoca, pues, si imagina que el colonialismo 'va a matarnos a todos'. (Fanon, *Los condenados...* 56, 57 y 59)

El burgués se asusta. Hay que evitar que nos maten a todos. Hay que negociar algo. Están dispuestos a entregar años de sacrificio para usufructuar su pequeño espacio de poder personal. Necesitan volver a la legalidad y exigir alguna participación en el poder: elecciones, libertad de prensa, mejores negocios. Pero ya no cambios de fondo, ya no aquello que pueda quebrar el sistema.

Sin embargo el pueblo sufre día a día la realidad de que el sistema que lo oprime no es nada moderado. Y, como ya lo marcamos, un pueblo en lucha tampoco lo es. El sistema es la violencia organizada, es una relación de fuerzas. Y una relación de fuerzas, sólo puede inclinarse ante una fuerza mayor: aquella que despliega un pueblo dispuesto a escribir su historia. Es el ejemplo de Vietnam.

Contra la moderación de los políticos de carrera, la revolución levanta la violencia del pueblo organizado. Esa violencia que surge de la historia de los pueblos, de siglos de praxis para luchar por su vida. Es la subjetividad del pueblo que se recupera en el combate. En la lucha encarnizada en el presente recreamos la cultura nacional, la conciencia de nuestra historia común.

El colonizado aprende que en el combate se puede ganar. Descubre que su pueblo ha ganado, que era mentira la historia que les había sido impuesta. Y descubre también que su lucha no es una lucha

particular sino que es general, que se libra aquí y allá, en cada rincón del mundo. Y ve el ejemplo de otros pueblos que también se liberan

Descubre que la violencia es atmosférica, que estalla aquí y allá y aquí y allá barre con el régimen colonial. Esta violencia que triunfa tiene un papel no solo informativo sino operatorio para el colonizado. La gran victoria del pueblo vietnamita en Dien-Bien-Phu no es ya, estrictamente hablando, una victoria vietnamita. (...) Ningún colonizado podía dudar ya de la posibilidad... (Fanon, *Los condenados...* 62).

La posibilidad estaba, la comunicación se establecía. Todos estaban en el mismo camino.

Abriendo camino: ¿Por qué Fanon en América Latina?

Uno de los objetivos de este trabajo es pensar el por qué un pensamiento como el de Fanon, dirigido centralmente a la lucha por la descolonización en África y Asia, tuvo una recepción tan potente en Latinoamérica. Planteamos como una hipótesis explicativa la que prefiguramos cuando hablamos de una corriente de pensamiento común entre estos revolucionarios, entendida como un conjunto de militantes que eran expresión de un movimiento revolucionario de la sociedad. Consideramos que hay una primera generación de revolucionarios de los países oprimidos, que son parte de un proceso revolucionario general. Son parte de esa corriente los Mariátegui, Recabarren, Mella, Guiteras, Sandino, Farabundo Martí, etc.

Para mediados del siglo XX se configura una nueva generación. Pero ahora con una gran diferencia, estos revolucionarios no son expresión de un movimiento de la sociedad que comienza en los países centrales, sino que son expresión de un movimiento social que surge de los países dominados e impacta luego en los países opresores. Como lo plantea Francisco Pineda¹⁵, nada comienza en 1968 en Francia, sino que el mayo francés es una mínima expresión, que se desarrolla en un país central, de la gran rebelión de los pueblos oprimidos. Proceso que venía en ofensiva desde Dien-Bien-Phu en 1954 y que estallaba en 1968, pero no por las minifaldas y la imaginación al poder de los jóvenes parisinos, sino por la ofensiva del Têt desarrollada desde enero de ese año por el Frente de Liberación Nacional vietnamita.

¹⁵ Francisco Pineda, *Frantz Fanon: los condenados de la tierra y el 68* (Ed. digital en <http://frantz-fanon.blogspot.com.ar/2011/02/frantz-fanon-los-condenados-de-la.html>, s.m.d.).

Esta generación es expresión del primer momento en que la oleada revolucionaria nace desde los países oprimidos. Expresa, en definitiva, la caducidad del viejo orden imperial. La máxima expresión de la cultura, la vanguardia de la nueva sociedad, ya no existe en Europa o en EEUU, sino en los millones de condenados de la tierra. Es el final del predominio cultural de la vieja Europa¹⁶.

Pero hay otra cosa. Y es que América Latina, más allá de lo formal, mantenía una profunda dependencia de los países centrales. Fanon tiene una verdadera obsesión con esta parte del mundo oprimido: “Como se ve, la burguesía nacional de algunos países subdesarrollados no ha aprendido nada en los libros. Si hubiera observado mejor a los países de América Latina, habría identificado sin duda los peligros que la acechan” (Fanon, *Los condenados...* 78). América Latina es lo que él no quiere para África. Su último libro es un grito para que África supere ese límite:

Hay que elevar la conciencia de los jóvenes, esclarecerla. (...) Si la labor de explicación se ha hecho al nivel de los jóvenes, si la Unión Nacional de la Juventud ha cumplido su tarea que es integrar a la juventud en la nación, entonces podrán evitarse los errores que han hipotecado y minado el futuro de las repúblicas de América Latina. (Fanon, *Los condenados...* 89)

Su desprecio a las burguesías “nacionales”, su desconfianza a los liderazgos, su oposición a los “políticos”, todo provenía del estudio de la realidad latinoamericana. El dolor de ver cómo se prostituía la lucha de un pueblo por su liberación

Si se quiere una prueba de esta eventual transformación de los elementos de la burguesía ex colonial en organizadores de fiestas para la burguesía occidental, vale la pena evocar lo que ha pasado en América Latina. Los casinos de La Habana, de México, las playas de Río, las jovencitas brasileñas o mexicanas, las mestizas de trece años, Acapulco, Copacabana, son los estigmas de esa actitud de la burguesía nacional. Como no tiene ideas, como está encerrada en sí misma, aislada del pueblo, minada por su incapacidad congénita para pensar en la totalidad de los problemas en función de la totalidad de la nación, la burguesía nacional va a asumir el papel de gerente de las empresas occidentales y convertirá a su país, prácticamente, en lupanar de Europa. (Fanon, *Los condenados...* 69)

Su pensamiento impacta en América Latina porque es parte y expresión de esta realidad. Y no sólo en los países más claramente oprimidos sino

¹⁶ Ver Dipesh Chakrabarty, *Al margen de Europa. ¿Estamos ante el*

también en otros, como Argentina, donde la historiografía tradicional construyó un falso discurso orientado a sostener que no compartíamos lazos con esos pobres pueblos del mundo. Nos habían hecho creer en la Argentina blanca, europea y potencia. Y este morocho de las Antillas nos venía a contar, desde África, que no éramos más que otra colonia.

Cooke retoma esta discusión y coincide con Fanon, observando que la descolonización profunda es una tarea aún pendiente en toda América Latina: “Todo planteo para la lucha debe partir del conocimiento de nuestra situación de país semicolonial, integrante de un continente semicolonial.” (Cooke, *La lucha por...* Ed. digital). Esa descolonización ya no es sólo contra el dominador externo. Hay una situación de coloniaje interno, cada vez más difícil de hacer visible. Es la clase dominante la que se comporta aquí como el colonizador, usando las mismas palabras y los mismos métodos: “La oligarquía no solamente es dueña de las cosas: también es dueña de las palabras. ‘Libertad’, ‘democracia’, ‘moral’ figurarán cuantas veces sea necesario en un decreto que dé el zarpazo a las libertades civiles argentinas” (Cooke, *Apuntes para la...* Ed. digital). Por eso para construir la patria se necesita destruir a la oligarquía, así como para destruir al colonialismo se debe destruir a los colonialistas: “... destruir a la oligarquía es, en realidad, defender la nación. Cambiar las estructuras liberal burguesas por otras que aseguren el justo reparto del producto social, significa dar contenido nacional a la revolución haciendo de la patria la tierra” (Cooke, *Apuntes para la...* Ed. digital).

La presencia de ese coloniaje interno estalla en Argentina el 17 de octubre de 1945. Ese pueblo mil veces oprimido, se decide a mostrar en un día todos los años de acumulación de fuerza y organización. Allí aparece el discurso del colonizador. La animalización del colonizado. El “aluvión zoológico” estigmatizaba el diputado Ernesto Sanmartino, de la Unión Cívica Radical, y repetía indignada la “gente bien” de Buenos Aires¹⁷.

Por eso Cooke habla de recolonización a partir de 1955. Son los colonialistas los que vuelven a imponer su orden, tras el aluvión de animales que había ocupado el lugar de los hombres: “La recolonización

final del predominio cultural europeo? (Barcelona: Tusquets, 2008).

¹⁷ Ver Ezequiel Martínez Estrada. *Sarmiento. Los invariantes históricos en el “Facundo”. Meditaciones sarmientinas.* (Rosario: Beatriz Viterbo, 2001) [1947].

de 1955 permitió a la minoría explotadora ocupar económica y políticamente el país” (Cooke, *Apuntes para la...* Ed. digital).

Las grandes urbes de Argentina crecen con la configuración de las ciudades coloniales que describe Fanon. El centro blanco, limpio, iluminado. Los barrios pobres, las villas miserias, a su alrededor. Oscuros, peligrosos, habitados por descendientes de los pueblos originarios de lo que hoy es el territorio argentino. Son los colonizados internos, los derrotados.

Cuando por alguna razón ocupan el centro de la ciudad, esos seres oscuros, esos “cabecitas negras”, son vistos bajo el fantasma del malón, del salvaje que viene a arrebatarse la civilización que los blancos supimos construir. Como en Fanon, este “salvaje” también en un primer momento ansía la posición del blanco, su casa, su mujer. Por eso la rebelión muchas veces empieza por el robo individual o el saqueo colectivo.

Cooke denuncia que la oligarquía actúa como una fuerza de ocupación en su propio país. Por eso su lenguaje es tan cercano al de Fanon. Ni más ni menos que porque ambos luchaban por lo mismo.

Vamos por el medio del campo

El pensamiento latinoamericano no puede ser sino revolucionario. En cuanto deja de serlo se niega a sí mismo, porque admite como inmutable la situación que nos oprime. John W. Cooke—Carta abierta al presidente Eisenhower¹⁸

No hablaremos de conclusiones. Sería un absurdo, reñido con la necesidad de seguir avanzando en la indagación sobre los ejes que hemos abordado. Nuevamente reforzamos la idea acerca de la escasamente explorada influencia de Fanon en la escritura y elaboración de los revolucionarios latinoamericanos en las décadas del ‘60 y ‘70. Lo vemos en Cooke y creemos se puede profundizar esta indagación con otros revolucionarios, como Carlos Fonseca (del FSLN nicaragüense), Carlos Olmedo (de las FAR argentinas), Mario Roberto Santucho (del PRT-ERP argentino) y el mismo Ernesto “Ché” Guevara. Esa influencia

¹⁸ John W. Cooke, “Carta abierta al presidente Eisenhower”, en Eduardo Luís Duhalde, *Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos. Tomo III de las Obras completas de John W. Cooke*, (Bs. As.: Edic. Colihue, 2009) p. 16-21.

va más allá de si lo leyeron: lo clave es observar cómo se desarrollan los mismos problemas que formuló Fanon en diversos países de América Latina y desde distintas tradiciones ideológicas.

La influencia de Fanon muestra cómo la elaboración de una praxis contrahegemónica tuvo múltiples cauces, que superaron ampliamente la lectura simplista de que el proceso de rebelión latinoamericana surgió de la victoria de la revolución cubana y de las movilizaciones europeas del '68. Debemos re elaborar y explorar las influencias fundamentales del accionar político y la elaboración teórica de los movimientos de liberación nacional del norte africano¹⁹ y de Viet Nam. Es central romper con los límites del pensamiento occidental, europeo-americano, que nos impide comprender la totalidad del proceso y observar las múltiples confluencias.

En el epígrafe de este último apartado Cooke vuelve a exigirnos un pensamiento latinoamericano revolucionario. Debemos dar otra vuelta de tuerca a ese reclamo. Volvamos a recrear un pensamiento revolucionario, un pensamiento latinoamericano que parta de esta realidad que nos oprime para romper con ella y transformarla. Un pensamiento que no se niegue a sí mismo, y que se afirme en la necesidad de luchar por una sociedad distinta.

Los aportes de Fanon y Cooke fueron muchas veces tergiversados y, peor aún, maltratados y falseados por los mismos que decían continuarlos en la práctica política. Es claro que su lucha no culminó en la victoria y que sus esfuerzos no llevaron a la libertad. La descolonización de Argelia no implicó la liberación de los hombres que Fanon buscaba. El movimiento de liberación nacional y social que Cooke intentó construir, terminó llevando al poder a un gobierno que fue el principio del terrorismo de estado contra aquellos que construían el camino hacia la libertad en Argentina.

Pero nada queda en el vacío. Hoy nuevamente el pueblo latinoamericano está escribiendo grandes páginas de su historia. La Bolivia insumisa de las guerras del gas y del agua, la Argentina rebelde del 2001, la Venezuela que se levantó contra el golpe de estado del

¹⁹ Solamente para aportar un ejemplo más, es importante el testimonio de un militante de la dirección del PRT de que el nombre "El combatiente", elegido para el periódico oficial del partido marxista más importante en la década del '70 en Argentina, fue tomado del nombre de la revista del FLN argelino.

2002, el subsuelo indígena sublevado de Ecuador, la rebelión indomable del Chile plebeyo y mapuche... todos vuelven a poner en carpeta que son los pueblos los que hacen la historia.

Pero en ese proceso todavía está faltando algo: un pensamiento propio, creador y, por lo tanto, profundamente revolucionario. No tenemos hoy esos referentes intelectuales de la lucha. Debemos crearlos. Es una tarea fundamental en un sistema que se asienta, cada vez más, en la hegemonía ideológica y cultural. Debemos construir un pensamiento que rompa con eso. Para construirlo tenemos que estar junto al pueblo en cada combate, tenemos que *poner el cuerpo*. Y también debemos estar en los gabinetes de estudio, en el debate intelectual, en la elaboración teórica. Debemos romper con el intelectualismo academizante de los profetas de la derrota y con el antiintelectualismo de los que desarman al pueblo porque le entregan la producción intelectual al enemigo.

Una tarea difícil y, por ello, una tarea clave. No hay revolución sin teoría revolucionaria y no hay teoría revolucionaria sin acción. De recuperar la praxis en su más profunda acepción, de eso trata, en definitiva, la interpelación que aún hoy nos hacen Fanon y Cooke. Poner el cuerpo en la acción y la escritura. En nosotros estará intentar hacernos cargo de semejante tarea.